

I Re 19, 9a. 11-13a

Sal 84/85

MT 14, 22-33



Seguimos tras las huellas de Cristo que, domingo tras domingo, nos muestra la fuerza de la Palabra. Las lecturas de hoy nos recuerdan que, a veces, esperamos encontrar a Dios en lo extraordinario: en respuestas claras, en milagros evidentes, en cambios inmediatos. Sin embargo, el camino que se nos revela es otro.

Elías llega al Horeb agotado, sin fuerzas ni ánimo. Allí experimenta un aire huracanado, el terremoto y el fuego: signos grandiosos, pero Dios no está en ellos. Finalmente aparece **el susurro de una brisa suave**, y en ese silencio, casi imperceptible, Elías reconoce la presencia del Dios vivo.

También los discípulos atraviesan una noche difícil. El viento es contrario y la barca se tambalea. Jesús se acerca caminando sobre las aguas. No calma primero la tormenta; **primero calma el corazón**: «**Ánimo, soy yo. No tengáis miedo**».

Éste es el hilo que une ambas lecturas: **Dios no vence el ruido con más ruido, sino con una paz más profunda**. San Juan de la Cruz decía que «*el Padre pronunció una sola Palabra, su Hijo, y la habla siempre en eterno silencio*». Para escuchar esa Palabra hace falta un corazón que aprenda a callar.

San Benito comienza su Regla con una invitación sencilla: «**Escucha**». Toda vida espiritual

nace ahí: escuchar antes que hablar, recibir antes que actuar.

La mayor tentación no es el miedo a fracasar, sino vivir tan ocupados que nunca escuchamos la voz que nos llama hijos amados. Elías y Pedro descubren precisamente eso: cuando todo parece hundirse, Dios sigue pronunciando nuestro nombre.

Los maestros de Israel enseñan que la



Shekiná/ שכנה (palabra hebrea designa la **presencia de Dios que habita entre los hombres**) ama la humildad. Un midrás (enseñanza) afirma que, después del Sinaí, Dios prefirió habitar entre los hombres antes que permanecer en el estruendo de la montaña. El Talmud recuerda que la voz divina puede ser tan delicada que sólo el corazón atento la reconoce.

Pedro representa nuestra fe. Mientras mira a Jesús, camina sobre el agua; cuando fija la mirada en el viento, comienza a hundirse. **El problema no son las olas, sino dejar de mirar a Cristo**. Muchas veces no nos hunden los acontecimientos, sino el miedo con que los contemplamos.

En medio de esa lucha surge una de las oraciones más breves y hermosas de la Escritura: «**Señor, sálvame**». Sin discursos ni explicaciones:

sólo la súplica de quien sabe que no puede salvarse solo. Y Jesús **extiende inmediatamente la mano**. Pedro duda antes de ser salvado; Jesús no espera una fe perfecta para socorrerlo. La misericordia siempre llega antes que nuestra perfección.

Cuando Jesús sube a la barca, el viento cesa. No porque el viento sea el enemigo, sino porque **el Señor ya está dentro de la barca**. La barca es la Iglesia y somos cada uno de nosotros. Habrá noches y tempestades, pero mientras Cristo permanezca con nosotros, ninguna tormenta tendrá la última palabra.

Hemos de pedir hoy la gracia de Elías: **descubrir a Dios en el silencio**; la humildad de Pedro: **gritar sin vergüenza: “Señor, sálvame”**; la confianza de los discípulos: «**Verdaderamente tú eres el Hijo de Dios**».

Que esta confesión brote también de nuestro corazón, cada vez que el miedo quiera ocupar el lugar de la fe. Porque quien escucha la voz suave del Señor descubre que, incluso en la noche, sigue resonando la palabra que sostiene toda esperanza: «**Ánimo. Soy yo. No tengáis miedo**». Pidamos hoy la gracia de un corazón silencioso, atento y dócil, dado que sólo quien aprende a escuchar a Dios puede convertirse, a su vez, en una palabra de aliento para los otros.

TÚ ERES EL HIJO DE DIOS



Evangelio según san Mateo 14,33



Omnipotens sempiterne Deus, quem, docente Spiritu Sancto, paterno nomine invocare praesumimus, perfice in cordibus nostris spiritum adoptionis filiorum, ut promissam hereditatem ingredi mereamur.

Traducción literal

 Omnipotente y eterno Dios, a quien, bajo la enseñanza del Espíritu Santo, nos atrevemos a invocar como Padre, lleva a plenitud en nuestros corazones el espíritu de adopción de hijos, para que merezcamos entrar en la herencia prometida.

♦ Reflexión

Esta oración nos sitúa en el corazón de la vida cristiana: **ser hijos**. No comienza hablando de nuestras obras ni de nuestras fuerzas, sino diciendo: *Omnipotente y eterno Dios*. El Dios que no cambia, que sostiene todo y que, sin embargo, nos permite llamarlo **Padre**.

La colecta añade algo decisivo: *“Nos atrevemos a invocarte como Padre porque el Espíritu Santo nos enseña.”* No sabemos ser hijos por nosotros mismos; el Espíritu nos introduce en esa relación filial y nos hace sentir que no estamos solos ni esclavizados.

San Pablo lo expresa con fuerza: *“No habéis recibido un espíritu de esclavitud, sino el Espíritu de adopción, que clama: ¡Abbá, Padre!”* (Rom 8,15). La verdadera libertad nace cuando el corazón descubre que es amado. El rabino de Kotzk decía: *“Dios está donde se le deja entrar.”* Y dejarle entrar es permitir que su Espíritu nos enseñe a vivir como hijos.

Perfice in cordibus nostris spiritum adoptionis filiorum — “Perfecciona en nuestros corazones el

espíritu de adopción.” Ser hijos no es un título, sino un camino: aprender a mirar la vida con confianza, a caminar sin miedo, a vivir sostenidos por Dios.

Dios se alegra cuando sus hijos viven como : libres y luminosos. San Basilio añadía: *“El Espíritu Santo nos configura con Cristo y nos hace participar de su filiación.”* No somos hijos por imitación, sino por participación.

La colecta concluye: *“Para que merezcamos entrar en la herencia prometida.”* Esa herencia es la **vida misma de Dios**, la comunión con Él, la alegría que no se acaba. Y comienza ya ahora, cada vez que confiamos, perdonamos o nos dejamos guiar por el Espíritu.

Por eso esta oración es **mistagógica**: **introduce en el misterio**: nos recuerda quiénes somos y hacia dónde vamos. Y es **sapiencial**: enseña que la sabiduría consiste en vivir como hijos, no como esclavos; en caminar con confianza y abrir el corazón al Espíritu, maestro interior.

Hemos de pedir hoy que el Espíritu Santo perfeccione en nosotros ese don: que nos enseñe a llamar a Dios *“Padre”* con verdad, a vivir como hijos, y a transmitir la alegría de serlo, hasta entrar en la herencia prometida: la vida plena que Dios quiere para cada uno de nosotros.



XIX domingo per annum A



¡Ánimo soy yo, no tengáis miedo!